

Tiempo aproximado de lectura: 25 minutos a repartir a lo largo de 15 días de confinamiento o de recogimiento. Tú decides.

Por favor, compartir. Los “likes” no me interesan. Me importa que lo compartas para que otros puedan beneficiarse. Gracias mil por adelantado.

**QUÉDATE EN CASA**  
**TIEMPO DE MEDITAR**  
**TIEMPO DE CORREGIR**  
**“Vosotros sed perfectos, como es perfecto vuestro Padre celestial”**

Anoche se ha decretado el estado de alarma por el Presidente del Gobierno, medida que responde a la obstinada inclinación del ciudadano de a pie de los países democráticos de no dar su brazo a torcer en cuestiones de hedonismo y materialismo exacerbado y que, en este siglo XXI que vivimos -no sin una enorme sensación de vértigo y desorientación sin parangón en cualquier otro momento de la historia de la humanidad a pesar de que disfrutamos de mayores comodidades de las que jamás pudo soñar ningún monarca del pasado, o precisamente por ello-, no es capaz entender que lo único que se nos pide es quedarse en casa como contribución esencial de nuestra pequeñísima aportación a la contención de la propagación de este virus que nos ha pillado “por sorpresa”. Quedarse en casa, no salir a la calle, no estar de fiesta ni de cañas, dejar de pensar en uno mismo y concienciarse de la necesidad de tener presente el bien común, priorizándolo sobre nuestra incansable e insaciable sed de placer constante y egocéntrico. En definitiva, quedarse en casa: recogimiento, concienciación, civismo y solidaridad con el fin de evitar el colapso de los hospitales y permitir que tengan capacidad para atender a quienes verdaderamente los necesitan, o lo que es lo mismo, QUEDARSE EN CASA POR AMOR A LOS DEMÁS.

Y no es tan difícil, ¿no? O, al menos, no debería serlo. Y, sin embargo, a tenor de lo que voy viendo, se convierte en una más que ardua tarea para muchos a quienes quedarse en casa parece destrozar sus vidas, como todos esos turistas que han visto canceladas sus vacaciones únicamente porque la compañía aérea ha anulado sus vuelos, pero que, de otra manera, no habrían dudado en venir a visitarnos y a contribuir alegremente a la expansión de una pandemia de dimensiones descomunales con tal de no perderse una semana de hedonismo, llegando incluso a poner en riesgo su propia salud y su propia vida y la de sus hijos menores de edad.

¿Es que acaso ya nos hemos vuelto completamente imbéciles en esta malentendida “sociedad del malestar” que no somos capaces de ver lo evidente delante de nuestras narices? ¿Qué necesitamos para reaccionar y volver a los cimientos de lo que Aristóteles definía como “el ser social” provisto del amor y los valores que nos han sustentado durante milenios como especie que buscaba su preservación a través de la priorización del bien común sobre el interés individual? ¿Hemos de dar la razón a Hobbes y es, por

tanto, el hombre un lobo para el hombre? ¿Incluso para sí mismo? ¿Es que necesitamos una dictadura como China o como la que Roma designaba en los momentos en que la democracia se le escapaba de las manos porque desde la libertad no somos capaces de reaccionar sin decretazo? ¿Y si el estado de alarma no es suficiente habremos de pasar al estado de sitio porque no nos da la gana de reaccionar y de ser solidarios? Me resisto a creerlo a pesar de los hechos, y ello porque el mundo está igualmente poblado de personas con una natural inclinación a la solidaridad, a la preservación del planeta, de la familia, del grupo social, de la especie; personas entregadas al amor y a la bondad y que se desenvuelven en valores tradicionales hoy deliberadamente ridiculizados a través de la burla y el descrédito por un sistema que se emplea a fondo en ponerles piedras en el camino y que, bajo el eufemismo de “lo políticamente correcto”, parece erigirse en un descarado instrumento de promoción del rechazo social de quienes no comulgan con esta “nueva moral” del siglo XXI.

Por ello, lo que quiero creer y, por tanto, libre y voluntariamente creo, es que esto que estamos viviendo se nos presenta como una oportunidad de recuperar nuestros valores; una oportunidad valiosísima para entender el rumbo tan errático que vivimos en estos últimos tiempos y que ha convertido al ser humano en ese “hombre frenético” de Niezsche que terminó matando a Dios en su vida y acabó sucumbiendo a la más feroz de las vergüenzas y deshonras por haberle dado la espalda en masa y sin miramientos, porque, no me cabe la menor duda, este sistema que hemos diseñado para dirigir nuestras vidas ha fracasado estrepitosamente en la formación de ese “ser social” y ocurre que lo que ni los sermones vociferados desde los púlpitos, ni tan siquiera el verdadero significado de la Semana Santa han conseguido, nos lo trae un minúsculo y microscópico organismo que se extiende velozmente como la peste y que, por fin, nos llama al recogimiento.

Y es que Dios nos habla siempre desde el silencio y la soledad. Y nos pide que le escuchemos desde el necesario recogimiento que nos aleje de ese “mundanal ruido” que denunciaba Fray Luis de León y que nos impide meditar, recordar y reconocer en medio de tanto bullicio la Sabiduría que nuestro Padre lleva transmitiéndonos a lo largo de nuestra existencia como especie.

Y éste es el motivo del presente artículo: una llamada a la meditación y a la corrección en este momento de “obligado” recogimiento en casa. Como diría Neruda, “una canción desesperada” con la que susurrarle al lector que necesita este momento de sosiego, de calma, de freno a la compra compulsiva y a la vida acelerada de este tonto y estúpido siglo nuestro en el que tantas esclavitudes se disfrazan de “alegrías para el cuerpo” y de adormecimiento de las voluntades y de las inteligencias que Dios nos ha dado y que sepultamos día tras día a base de golpe de telebasura y demás pila de estiércol que nos inunda a través de las redes sociales, de internet, del Whatsapp, ... Una canción desesperada al despertar de las conciencias sonámbulas que pueblan el planeta y que viven a merced de los mercados, principal víctima de esta pandemia si uno observa la

proporción en que afecta a las vidas humanas y a la economía mundial y a las bolsas nacionales.

A pesar de que mi fe encuentra respuesta en todo lo bueno que se halla cuando se escudriñan todos y cada uno de los Libros Sagrados que van desde la Torá y el Nuevo Testamento hasta el Corán, pasando por el Bhagavad Guita, los Upanishads o el Tao Te King, he preferido ceñirme en este artículo a la Sabiduría de nuestro Señor Jesucristo como culminación de la enseñanza para la vida práctica plasmada en todas las Sagradas Escrituras. De hecho, no es casualidad que todos los grandes iluminados/iluminadores de la espiritualidad como Gandhi, Sri Yukteswar, Paramahansa Yogananda, Mahoma y tantos otros hayan encontrado en Él al más grande de los maestros, enviado de Dios, a pesar de su desencuentro con los a sí mismos llamados cristianos, quienes, por un lado parecen creer que Jesucristo es patrimonio suyo y exclusivo y, por otro lado, dejan en evidencia a su Maestro con la manera de conducirse en la vida y con la que parecen avergonzarse de Sus enseñanzas porque no resultan “cool” en ésta nuestra sociedad occidental. Permítaseme en este punto, a título de ejemplo entre otros innumerables, citar a A. C. Bhaktivedanta Swami Prabhupāda, líder espiritual del movimiento Hare Krishna: “*nosotros adoramos al Señor Jesucristo y le ofrecemos nuestras reverencias a Él .../... Él es nuestro gurú. Él está predicando conciencia de Dios, así que es nuestro maestro espiritual. No debemos pensar en Él como si fuera un ser humano ordinario. Las Escrituras dicen que todo aquél que considera al maestro espiritual un hombre ordinario tiene una mentalidad infernal. Si Jesucristo fuera un hombre ordinario, entonces no habría podido distribuir conciencia de Dios .../... pero sus seguidores son tan infieles que han decidido: <<Sigamos cometiendo pecados y que Cristo sufra por nosotros>>. Ellos aman a Cristo tanto que piensan: <<Mi querido Cristo, somos muy débiles. No podemos dejar nuestras actividades pecaminosas. Así que, por favor, sufre por nosotros>>*”.

Así pues, sea ésta mi invitación a la meditación y corrección en estos momentos de recogimiento y que sintetizo en esta breve propuesta que, por resumir la esencia de lo que Dios espera de nosotros para nuestra propia felicidad, resultará de utilidad tanto a profanos como a piadosos avezados, o, en palabras de Pablo de Tarso, “*a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para toda obra buena*” para así cumplir las expectativas de Dios y que nuestro Señor Jesucristo nos transmitió con las siguientes palabras: “**Vosotros sed perfectos, como es perfecto vuestro Padre celestial**” (Mt 5:48)

¿Y en qué consiste este proceso de perfección del ser humano?:

**1.-** Control de la mente y ejercicio diario en la pureza para que el hombre siempre esté bajo el gobierno del alma como lo está el caballo respecto de su jinete, trabajando diariamente a través del estudio, meditación y oración, buscando siempre la limpieza de pensamiento, tanto en la manera de percibir a los demás, como en el reflejo del mismo en todos nuestros actos y deseos (Mt 5:29-30 y Mt 6:22-23), todo lo cual parte de ser capaces de controlar los parámetros del siguiente bucle: información-pensamientos-deseos-

acciones, de manera que si somos ceñudos en el control de uno solo de ellos, todos los demás se alinean en concordancia.

La manera más sencilla para quienes no tienen experiencia en la meditación ni en el estudio de las Escrituras es trabajar en el parámetro “información”. Si somos exquisitamente selectivos con la información que consumimos, eligiendo sabiamente sólo aquello que es provechoso para el alma (letras de canciones, libros, películas con contenido moral, biografías de personajes que han contribuido a mejorar el mundo, ...) y desecharlo lo que es perjudicial (violencia, pornografía, publicidad, malas compañías, lenguaje soez, ...) hemos ganado un valiosísimo terreno para el crecimiento de los demás parámetros, puesto que nuestros pensamientos, deseos y acciones se irán ordenando automáticamente en conciliación con esa información de la que hemos decidido alimentarnos. En definitiva: lo que se come se cría.

**2.-** Sólo así se puede empezar a “*amar al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente*” (no se le puede amar a ratitos ni con una mente sucia y llena de rencores, odios, malos pensamientos, indiferencia hacia los demás, ...) “y *al prójimo como a ti mismo*”, haciendo “*por los hombres todo lo que queráis que hagan por vosotros*” y no haciendo oídos sordos y ojos ciegos a las necesidades de los demás, empezando por aquéllos que nos rodean y que tenemos más cerca y cuyas necesidades y carencias conocemos en profundidad (Mt 22:37-40; Mt 7:12 y Mt 25: 40 y 45). Por eso, aunque el momento es para quedarse en casa, no puede ello llevarnos a la indiferencia y permanecer impasibles observando desde la ventana si vemos a alguien en dificultades. En tal caso, no dudemos en poner en riesgo nuestra propia salud y salir en ayuda de esa persona ya sea personalmente o contactando con el teléfono de emergencias si la situación sobrepasa nuestras posibilidades. Quedarse en casa no significa volverse indiferente, sino todo lo contrario. Recordemos que nos quedamos en casa por amor a los demás.

**3.-** “*Mi Padre es glorificado en que deis mucho fruto y seáis mis discípulos*” y esto no es otra cosa que entregarse por completo al prójimo (que significa el más próximo); entregándoles nuestra propia vida, nuestro tiempo, nuestros recursos, dejando a un lado nuestras prioridades y planes cuando el otro nos necesita en cualquier circunstancia, pues esto es lo que significa que “*os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor mayor que el que da la vida por sus amigos*” (Jn 15:8 y Jn 15:12-13). Y esto, dar mucho fruto y ser discípulo de Jesucristo, sólo se puede hacer poniendo en práctica las premisas anteriores, pues “*no puede un árbol bueno producir frutos malos, ni un árbol malo frutos buenos*” (Mt 7:18 y 19).

La disciplina Krística no es para vagos, perezosos, parásitos y demás que esperan de la vida convertirse en beneficiarios de los esfuerzos de sus padres, hijos, hermanos, amigos, ... (2 Tesal 3:6-15: “...*algunos de ustedes viven en la ociosidad sin otra preocupación que curiosearlo todo ... el que no quiera trabajar que no coma*”), sino todo lo contrario, para aquéllos que se entregan hasta tal punto que llegan a tomar su cruz y negarse a sí mismos (Mt 16:24). Lo demás es pura palabrería y un suma y sigue de

supersticiones egoísticas (si hago esto me saldrá bien lo otro, ..., pero siempre un yo, me, mi, conmigo).

**4.-** “*Si permanecéis en mi doctrina seréis verdaderos discípulos míos. Conoceréis la Verdad y la Verdad os hará libres*” (Jn 8:31-32), lo que significa que sólo es posible permanecer en Su doctrina a través de la práctica de todo lo anterior y del ejercicio de la libertad absoluta. Dios es libertad y perfección y no sometimiento a palabrería vana en forma de ley creada por los hombres mientras la persona sigue llevando una vida disoluta y alejada de la práctica de la entrega desinteresada, sincera y honesta a Dios a través de la entrega a los demás. Recomiendo la lectura de la carta de Pablo a los Gálatas para entender esto bien. Especialmente el capítulo 5.

**5.-** Y para conocer esa Verdad que nos enseña cómo se practica Su doctrina y que nos hace libres y perfectos hay que “*escudriñar las escrituras*” (Jn 5:39), pues todas ellas, TODAS, dan testimonio de Cristo, lo que implica leerlas con sentido crítico y cristiano, sin miedos, folklores ni supersticiones absurdas, con el máximo respeto a todas las culturas que han dedicado sus vidas a la búsqueda de Dios, todas las Escrituras que ya existían cuando Jesucristo dijo esta frase, ya que “*toda Escritura divinamente inspirada es útil para enseñar, para persuadir, para reprender, para educar en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para toda obra buena*” (2 Tim 3:16), examinándolo todo y quedándonos sólo con lo bueno (1 Tesal 5:21).

**6.-** Sembrar sólo en tierra fértil, donde la semilla puede llegar a dar fruto y no malgastar la vida sembrando en tierra estéril (Todo el capítulo 4 de Mc y Mt 10:14).

**7.-** “*Para que todos sean una sola cosa; como Tú, Padre, en mí y yo en Ti, que también ellos sean una sola cosa en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado*” (Jn 17: 21), esforzándonos en sentir que cada uno de nosotros es toda la humanidad, con sus virtudes y sus iniquidades, siendo conscientes de que aquellos defectos que vemos en los demás y que no nos gustan son probablemente espejo de nuestros propios defectos. Sólo así seremos capaces de perdonar tanto como deseamos ser perdonados (Mt 6:12), porque seremos capaces de ver la viga que ciega nuestros propios ojos en la observación misericorde de esos defectos ajenos (Mt 7: 1-5).

La oportunidad de recogimiento que vivimos en este momento histórico de esta humanidad globalizada que ha de quedarse en casa es especialmente propicia para poner en práctica no sólo el perdón por las obras, rencores, envidias, ... de los que nos consideramos víctimas, sino que, en esta crisis escalonada de la economía, más que nunca debemos esforzarnos en perdonar las deudas. Y hablo de las deudas dinerarias. Hoy todos, empresas, autónomos, asalariados, ... están sufriendo las consecuencias devastadoras de este golpe al sistema y debemos ser pacientes; condonar aquellas deudas a quienes en estos momentos se ven impedidos de pagarlas porque han tenido que cerrar su restaurante, tienda, oficina, ... o reducirla en la medida de lo posible, o aplazarla *sine die*, ajustarnos nosotros el cinturón y vivir con lo esencial y dejar a los demás respirar y sobrevivir,

ayudándoles económicamente si fuere preciso y si nos lo podemos permitir. Y siempre nos lo podemos permitir aunque sólo sea en una pequeña medida, pues, donde comen cinco, comen seis. Siempre ha sido así. Éste es el verdadero momento de ser discípulo de Cristo, de que nos reconozcan como a uno de los Suyos, de no avergonzarnos de Sus enseñanzas, de estar orgullosos de ser una sola cosa con Él. Éste es el momento de Su verdadera enseñanza como medio de alcanzar la felicidad y la plenitud:

Lc 6: <sup>27</sup> »*Pero a ustedes que me escuchan les digo: Amen a sus enemigos, hagan bien a quienes los odian, <sup>28</sup> bendigan a quienes los maldicen, oren por quienes los maltratan. <sup>29</sup> Si alguien te pega en una mejilla, vuélvele también la otra. Si alguien te quita la camisa, no le impidas que se lleve también la capa. <sup>30</sup> Dale a todo el que te pida y, si alguien se lleva lo que es tuyo, no se lo reclames. <sup>31</sup> Traten a los demás tal y como quieren que ellos los traten a ustedes.*

<sup>32</sup> »*¿Qué mérito tienen ustedes al amar a quienes los aman? Aun los pecadores lo hacen así. <sup>33</sup> ¿Y qué mérito tienen ustedes al hacer bien a quienes les hacen bien? Aun los pecadores actúan así. <sup>34</sup> ¿Y qué mérito tienen ustedes al dar prestado a quienes pueden corresponderles? Aun los pecadores se prestan entre sí, esperando recibir el mismo trato. <sup>35</sup> Ustedes, por el contrario, amen a sus enemigos, háganles bien y denles prestado sin esperar nada a cambio. Así tendrán una gran recompensa y serán hijos del Altísimo, porque él es bondadoso con los ingratos y malvados. <sup>36</sup> Sean compasivos, así como su Padre es compasivo.*

<sup>37</sup> »*No juzguen, y no se les juzgará. No condenen, y no se les condenará. Perdonen, y se les perdonará. <sup>38</sup> Den, y se les dará: se les echará en el regazo una medida llena, apretada, sacudida y desbordante. Porque con la medida que midan a otros, se les medirá a ustedes».*

Y en esto consiste la perfección. Quizá el verso 49 del Tao Te King te ayude a entender por qué:

*“El sabio no tiene una mente rígida;  
es consciente de las necesidades de los demás.*

*A los buenos los trata con bondad.  
A los malos también los trata con bondad  
porque la naturaleza de su ser es buena.*

*Es amable con los amables.  
También es amable con los que no lo son  
porque la naturaleza de su ser es amable.*

*Es fiel con los fieles.  
También es fiel con los infieles.*

*El sabio vive en armonía con todo lo que está bajo la capa del Cielo.*

*Ve todas las cosas como si fueran él mismo;*

*Ama a todos como a su propio hijo.*

*Atrai a todas las personas.*

*Se comporta como un niño pequeño”*

**8.-** “*El que cree en mí hará las obras que yo hago y las hará aún mayores que éstas*” (Jn 14: 12). Créelo. Esto es así. Sólo hay que creerlo. Jesucristo nunca nos mintió. Sólo tienes que despertar.

**9.-** Vivir en el Espíritu Santo, esto es, en el poder de Dios, en la confianza plena e incondicional en Él, sabiendo que, cumpliendo todo lo anterior vivimos en el Reino de Dios, en el que el milagro es algo natural y cotidiano, en el que “*las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios*” (Rom 8:28) sin que nosotros sepamos cómo ocurren porque sabemos que “*buscando primero el Reino de los Cielos, lo demás os será dado por añadidura*” (Mt 6:33). Y “primero” quiere decir “prioritario”, es decir, sobre todas las cosas, siempre con preferencia a cualquier otra cosa, con toda nuestra alma, nuestro corazón, nuestra mente y nuestras fuerzas.

**10.-** Distinguir entre creer en Dios y creer a Dios. Y esto es lo más importante de todo. Una simple preposición que lo cambia todo, que lo resume todo y que nadie como Santiago ha sabido expresar con mayor belleza y acierto: “*¿Tú crees que hay un solo Dios? Bien haces; también los demonios creen y se estremecen. ¿Quieres saber, necio, que la fe sin obras es estéril?*” (Stg 2:19-20). O lo que es lo mismo, “*Así que por sus frutos los conoceréis*”. Y sólo podemos dar fruto como sarmiento unido a la vid. El sarmiento desgajado de la vid no puede dar fruto. Y sólo el sarmiento unido a la vid puede ser limpiado por Dios, logrando la pureza a través del fruto de sus obras (Jn 15: 1-7), de modo que todo lo que necesitemos para poder ofrecer a Dios los frutos de nuestra vida nos será concedido y sólo con este propósito.

### **BREVE EXPLICACIÓN**

La concienzuda y detenida explicación de este decálogo elemental y fundamental me ha llevado a la composición de seis volúmenes que ya he terminado y estoy en estos momentos pasando a ordenar, ampliando, refraseando, ..., y en los que desarrollo lo que he denominado “*la disciplina Krística*” desde la perspectiva de todas las religiones y su proyección en incontables ramas de la vida del hombre, desde la filosofía y teología hasta la ciencia, pasando por el arte y las relaciones humanas, pero puedo adelantar unas pocas conclusiones (el primer volumen “*Cimientos*” puede descargarse gratuitamente desde las pestañas “Fe&Bio” o “Solidaridad” en mi página web: [www.carloskaehler.com](http://www.carloskaehler.com)):

La Krística consiste en la disciplina de la excelencia en la práctica de todas las religiones, las artes y las ciencias y el perfeccionamiento de la persona a todos los niveles.

No pretendo en este artículo sacar el látigo y ensañarme con el lado oscuro y mediocre de la humanidad ni, mucho menos, que se entienda que pienso que todo el mundo está echado a perder, pues, como recoge el Talmud, quien salva una vida salva al mundo entero y, tal y como estamos viendo en las noticias, desde el primer día de la declaración del estado de alarma se han puesto en marcha multitud de cadenas de favores altruistas que van desde la sencilla labor de ir a hacer la compra de víveres para las personas mayores o impedidas que viven en su barrio hasta otras gestas de solidaridad propias de la más auténtica heroicidad que iremos viendo a lo largo de los próximos días y que, como en anteriores catástrofes, nos dejarán sin aliento y nos llenarán de esperanza, entusiasmo y coraje, pero en el propio título del artículo adelantaba que se trata de aprovechar este tiempo de recogimiento para meditar y para corregir, por lo que quisiera terminar esta invitación a la meditación enlazando todo lo anterior con la enfermedad de la hipocresía (única contra la que nuestro Señor Jesucristo arremete impetuosamente) y que se manifiesta en la forma de fingir que uno se preocupa por los problemas del otro cuando, en realidad, sólo es una manera de maquillar la preocupación por el suyo propio, manipulando así la buena voluntad de los demás y beneficiándose de una falsaria aura de santidad revestida, para colmo de males, de una manto de supuesta autoridad moral sobre los demás sin tan siquiera haberse preocupado de conocerlos (recomiendo el capítulo 3 entero de la carta de Santiago. No tiene desperdicio).

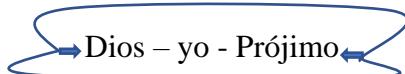
Así pues, me resulta indiferente qué religión profese quien pretenda instruirme e iluminarme siempre que sea capaz de poner en práctica lo que predica, pero si uno no es capaz de poner en práctica lo que predica difícilmente podrá convencerme de las supuestas bondades de la religión que dice profesar si su vida es perezosa, parasitaria e indiferente con las necesidades de los demás. Por mucho que adore sus rituales y todo lo que está sobre el altar y los preceptos de su iglesia, sea la que sea (Mt 23 entero) o lo que yo llamo la religión del cuentista, que le viene como anillo al dedo para satisfacer sus deseos mientras se muestra inflexible e inmisericorde con los que le rodean.

Que apuntarse, afiliarse, registrarse o pavonearse de la pertenencia a una marca registrada de la fe no significa nada por mucha pompa que se le dé al ritual de iniciación y a los servicios religiosos si no se conduce en su vida conforme a ese decálogo, esencia de TODAS las religiones, sin excepción.

Todos los fundamentos de este decálogo cristalizan en los principios de autonegación y entrega como único camino de la definitiva unión con Dios en una sola cosa. Esto es, debemos convertirnos nosotros mismos en aquello que esperamos de Dios. Así, cuando decimos cosas como “cuánto me hubiera gustado que alguien se hubiese preocupado por este negocio mío, por sacar adelante mis cosas, por cuidar a mis hijos o a mis perros cuando tengo que salir de viaje, por iluminarme en mi camino en la fe, por enseñarme a hablar un idioma, por resolverme tal papeleta en la vida, por ayudarme

financieramente en esta situación, ... no son sino luces que brillan detrás de una puerta que debemos cruzar para suplir esas carencias y deseos de nuestro corazón a través de la entrega a los demás, ayudándoles en todas esas cosas.

Esto es ser una sola cosa con Dios. Una tecla del piano infinito del Reino de Dios, siendo libres y perfectos como Él a través de la entrega a los demás, siendo nosotros Él mismo y viéndonos a nosotros mismos en los demás en un bucle infinito, que describo con este gráfico:



Un bucle en el que, como en las leyes de la física general, la proximidad de los polos (Dios y el Prójimo) determinan la intensidad del flujo magnético, que es inversamente proporcional al espacio entre ellos: a menor distancia, mayor intensidad. Esto es la autonegación.

Una fe basada en el principio de necesidad y que hace que si no te haces necesario para los demás, simplemente no eres necesario; ni para los demás ni para Dios. Y que siempre es tu propia decisión basada en el libre albedrío lo que te lleva a “ser o no ser” necesario para los demás y que marca la diferencia entre el hombre del microcosmos del hombre de Dios, el hombre perfecto, del que Abraham debía encontrar sólo a diez para poder salvar a Sodoma y no pudo porque no los había.

Ésta es mi fe: una fe basada en dar al hombre lo que es del hombre para poder dar a Dios lo que es de Dios en una verdadera “comunión” con el Espíritu de Dios, con Su esencia.

Lo que no es mi fe es la religión basada en un ritual cuyo “cumplimiento” mantiene a las conciencias adormecidas, anestesiadas y acomodadas al yoísmo más esperpéntico. En palabras del Papa Francisco, la religión de los que viven en la mundanidad espiritual, esto es, *“cuando aparenta entregarse a Dios, pero lo que persigue, en el fondo, es una posición de poder, de prestigio y de reputación en el mundo ... que le hace actuar por la propia realización y no por la gloria de Dios, esa especie de burguesía del espíritu y de la vida, que incita a acomodarse, a buscar una vida confortable y tranquila... El ser humano que sufre esta enfermedad solo piensa en su bienestar y utiliza, instrumentalmente, el Evangelio para legitimar su posición. Desde esa situación de poder que ha alcanzado, juzga a los demás y los observa desde una superioridad moral... quien ha caído en esta mundanidad mira de arriba y de lejos, rechaza la profecía de los hermanos, descalifica a quien lo cuestione, destaca constantemente los errores ajenos y se obsesiona por la apariencia... Es una tremenda corrupción con apariencia de bien... de quienes se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas o por ser inquebrantablemente fieles a cierto estilo católico del pasado... un elitismo narcisista y autoritario, donde en lugar de evangelizar lo que se hace es analizar y descalificar a los demás...”*.

Y, en definitiva, esto es lo que la campaña “quédate en casa” representa para mí y en esto consiste mi invitación al recogimiento, que puede ser tan distinto del simple confinamiento.

Por último, no quisiera dejar pasar la ocasión para rendir mi más sincero homenaje a todo el personal sanitario que pone en riesgo su vida tratando de salvar esta situación, los hoteleros que han ofrecido sus hoteles para reconvertirlos en hospitales provisionales, los políticos valientes que toman medidas impopulares arriesgando la pérdida de votantes, los cuerpos del estado que velan por nuestra seguridad, los trabajadores de las superficies alimentarias y farmacéuticas, conductores de ambulancias ... y todos aquellos que, de un modo u otro, se ponen al servicio del bien común, priorizándolo sobre su interés particular. ¡Bravo por todos ellos!

Sean felices y quedense en casa.

Dios bendiga a toda la humanidad.

Carlos Kaehler

[www.carloskaehler.com](http://www.carloskaehler.com)